

que me han traído una mezcla
de garbanzos, achicorias,
carbonato de magnesia,
almendras dulces tostadas,
cañamones... y otras hierbas.
Lo gracioso es que sabiendo,
como sé por experiencia,
que esta pócima es malsana
y el estómago estropea,
voy á tomarla á sorbitos
con delicia manifiesta,
y á decir que me ha gustado
y á dar dos reales por ella.
Si esto no es una bobada,
¡que venga Dios y lo vea!
Verdad es que también fumo
un tabaco que me apesta
y, además, me va poniendo
la dentadura muy negra.
¡Hace el hombre tantas cosas
malas y que le molestan!
¿No he tomado los amores
como una cuestión muy seria,
y he creído á las mujeres,
y hasta he sufrido por ellas?
¿No me atormentan los celos
y las entrañas me quemán
por algo que no me importa
cuando lo miro de cerca?
¿No sabía de antemano
que eran tonterías esas?
¿No he pasado algunas noches,
como un imbécil, en vela
en esos bailes malditos
de la Alhambra y la Comedia,
sabiendo que me aburría
como se aburre cualquiera,
y que estaría en la cama

mejor que allí, dando vueltas?
¿No he contraído amistades
perjudiciales ó necias,
estando yo coñvencido
de que perdía con ellas?
Pues ¡qué diablo! si no puedo
prescindir, aunque quisiera,
de chupar hojas amargas
en toscó papel envueltas,
ni de mujeres que mienten,
ni de celos que me ciegan,
ni de diversiones tontas
donde no hay quien se divierta,
ni de amigos que me cargan,
ni de conocidos *pelmas*,
dejémonos de sandeces
y empecemos la tarea
de tomar este brebaje
que vale media peseta.
La humanidad se ha empeñado
en que son cosas muy buenas
muchas que me perjudican
y algunas que me revientan,
y yo... ¿qué he de hacer yo solo
si la humanidad se empeña?



LOS LADRONES

I



Con gravísimo riesgo de su vida,
trémulo el paso, la mirada incierta,
temblorosa la mano encallecida
que ruda oprime la navaja abierta,
penetra en coto ajeno un miserable
como entra en el redil hambriento lobo,
por la fuerza indomable
del mal instinto que le empuja al robo.
Todo le da temor, todo le espanta,
el ruido de sus pasos le estremece,
y el aire que respira le parece
la presión de un dogal en la garganta.
Si el enemigo oculto está despierto,
si le esperan allí, si le han oído,
puede darse por muerto
sin lucha, sin escándalo, sin ruido...
y si logra vencer, y roba y mata,
le cogerán tal vez. Tendrá su pena,
y un puñado de plata
le costará la muerte ó la cadena.
Saliendo bien librado,
sello de infamia marcará su frente;
á su sola presencia huirá la gente

como de un apestado
y, mientras viva, llevará consigo
la memoria del crimen, por castigo.

II

Preparando el delito lentamente,
saboreando el goce
de engañar á la víctima inocente
que el terrible peligro desconoce,
seduciendo con frases mentirosas
á la pobre doncella
que piensa que el amor es para ella
manjar de reinas y placer de diosas,
acecha la ocasión otro bandido
y, también por la sombra protegido,
roba la fruta del cercado ajeno
á mansalva, á traición, hallando bueno
todo el plan para el crimen concebido.
Cuando se sepa el robo al otro día,
contado... por el mismo delincuente,
no habrá quien no se ría
de la niña inocente
que perdió su ventura y su alegría.
Se tratará al ladrón con miramientos,
mil aventuras le saldrán al paso,
y los remordimientos
serán para la víctima... si acaso.

—
¡Buena está la justicial! ¡buena, buenal!
¡Siempre burla las leyes el más tuno!
¿Merecen los ladrones la cadena?
¡Pues ponérsela á todos... ó á ninguno!

FLORES DE MAYO

Encendidos los labios y las mejillas,
vestiditas de blanco, lindas y hermosas,
ante el altar de hinojos cuatro chiquillas,
traen á la Virgen ramos de rosas.
El órgano entretanto ríe y gorjea
cantando los celestes puros amores,
la imagen parece que se recrea
con el suave perfume de aquellas flores.
Las cuatro criaturas de labios rojos,
contentas y orgullosas de su ventura,
sin quitar de la Virgen los claros ojos
van entonando un himno del señor cura.
Himno que no carece de poesía
y, poco más ó menos, dice en esencia:
"Madre del Dios del cielo, Virgen María,
consérvame el tesoro de la inocencia." •

La niña que á las otras daba el ejemplo
al templo, de reojo, pasó revista,
y al llegar á un oscuro rincón del templo
se rió... con el hijo del organista.



Y guardando la rosa más encarnada
y más grande de todas las de los ramos,
le dió á entender al chico con la mirada:

—Para que me la pidas cuando salgamos.

Hacia el altar los ojos volvió en seguida,
y al decir lo de «Madre, dame el tesoro...»

se quedó tan pasmada, tan adurdida,
que por poco allí mismo se acaba el coro,

pues creyó que la Virgen estaba haciendo
ligeros movimientos con la cabeza

y miraba á la gente como diciendo:

—¡Caramba con la niña, qué pronto empieza!



À MI PRIMERA NOVIA



Tú ya no te acuerdas;
yo sí que me acuerdo
de cómo brotaron
los amores nuestros,
cuando éramos chicos,
saltando y corriendo
por eras y trochas,
corrales y huertos.

Apenas tu madre
te daba el asueto,
yo, ansioso de verte,
salía á tu encuentro
y alegres y solos,
cantando y riendo,
gozábamos ambos
placeres inmensos.
¡Amores de niños
tan puros, tan buenos,
que acaso remedan
los goces del cielo!
Un día, en los bruscos
vaivenes del juego,
rozaron mis labios

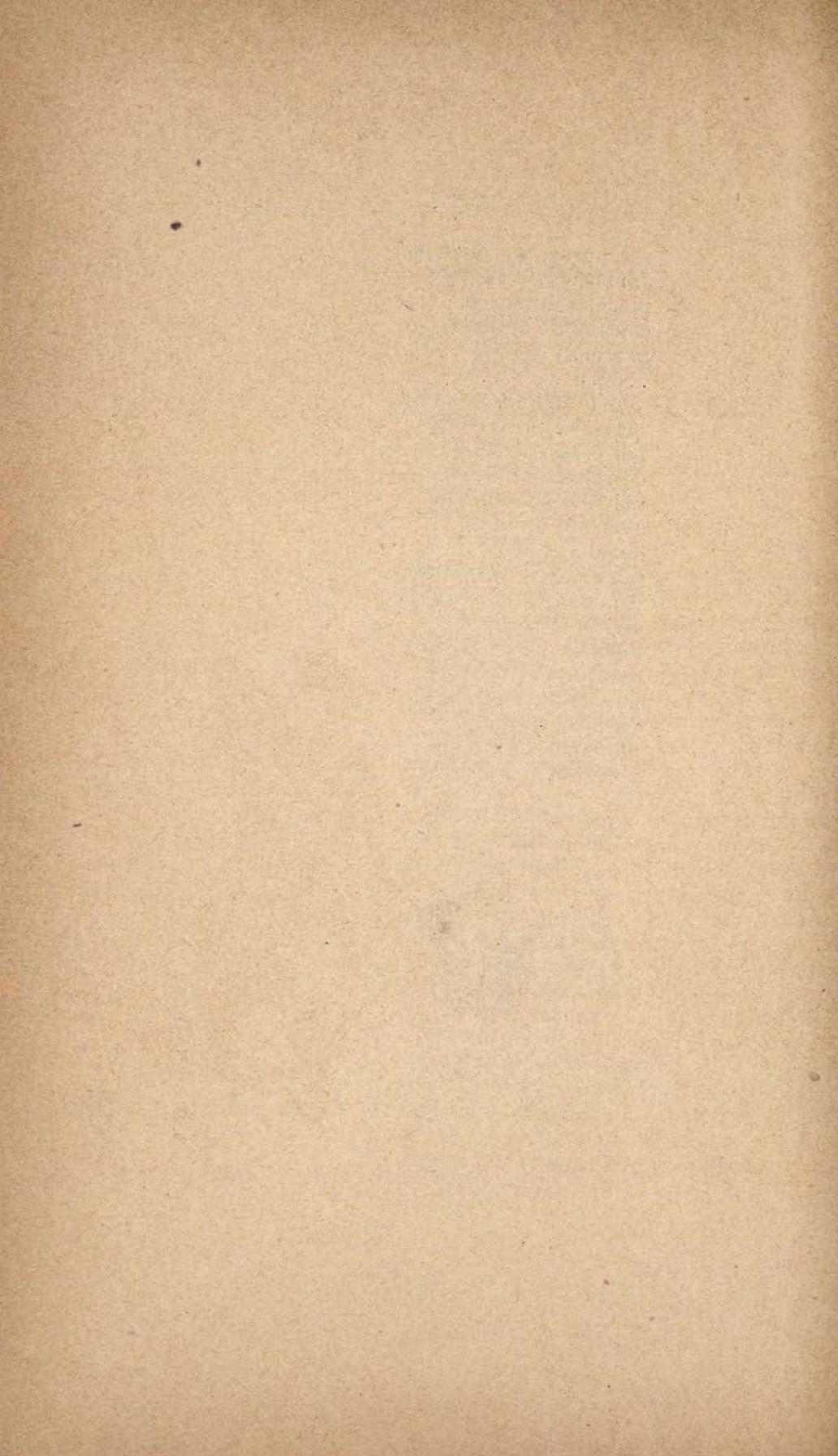
tu trenza de pelo,
y aunque antes te diera

millares de besos,
delicias extrañas
prodújome aquello,
sentí en los rincones
más hondos del pecho
no sé qué cosquillas
y escarabajeos,
me puse encendido,
vibraron mis nervios
y extraña dulzura
sentí muy adentro.
Te vi de repente
de un modo tan nuevo
que hallé en tus pupilas
brillantes destellos,
pureza en tu frente,
belleza en tu cuerpo,
panal en tu boca
y almohada en tu seno.
Soñé desde entonces
caricias sin cuento;
decirte al oído
palabras de fuego,
ceñir con mis brazos
tu talle perfecto,
quejarme de enojos,
fingirte desprecios...
¡Y ya no volvimos
tranquilos á vernos,
y nunca en mi vida
te dije mis sueños!
Pasaron los años,
cambiaron los tiempos,
y allá, en lo más hondo
del alma, conservo
recuerdo profundo,
dulcísimo y tierno
de aquellos amores

tan puros, tan buenos.
Jamás, entre tantos
placeres intensos,
sentí el de besarte
la trenza del pelo.

.....
¿Verdad que si ahora,
jugando y corriendo
por eras y trochas,
corrales y huertos,
volviéramos ambos
á darnos un beso,
duraba el idilio
tan sólo un momento?
En cambio, en seguida
se iría el recuerdo,
deshecho el encanto
que forja el deseo;
que amor, según sea,
varía de término.
¡Se muere el impuro
y el otro es eterno!





LA PATRIA

Tronaban los cañones,
vibraban las cornetas
formando y disolviendo batallones;
lucían las bruñidas bayonetas,
ondulaban las masas de soldados
por valles y collados,
y entre el sordo rodar de los armones,
el raudal galopar de los bridones
y el confuso rumor de la batalla,
retemblaba la tierra,
recibiendo el castigo de la guerra:
charcos de sangre y lluvia de metralla.
Por un lado avanzaba un regimiento,
por otro un escuadrón retrocedía,
y allá una batería
buscaba á todo escape emplazamiento
para empezar la carga,
en medio de blasfemias y chasquidos,
y... se iba haciendo cada vez más larga
la fila de camillas con heridos.

—
Por uno de esos lances impensados
de los mil que ocurrieron aquel día,
se quedaron perdidos y olvidados



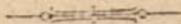
diez hombres de la cuarta compañía
de cierto batallón de infantería.
En mucho menos tiempo que lo digo
avanzó bruscamente el enemigo,
y se vieron los pobres de repente
rodeados de miles
de bocas de fusiles,
por detrás, por los flancos y de frente.
Cada cual, por instinto,
se acercó cuanto pudo al compañero,
y echando mano al cinto,
buscó la bayoneta lo primero...
—¡Rendíos!—les gritaban
los contrarios, dispuestos á arrojarse,
y ya los infelices vacilaban
entre morir matando ó entregarse,
cuando un chiquilicuatro, un cornetilla
que no valía un pito,
dijo, soltando un terno de Castilla
y enarbolando el brazo:
—¿Los de la cuarta? ¡Ni pa Dios bendito! —
y envió la respuesta en un balazo.

Fué cosa de un instante.
Al seguir la columna hacia adelante,
los arrasó como el ciclón arrasa
el florido verjel por donde pasa,
y al terminar, con el combate, el día,
quedaron en el valle diez soldados
que fueron de la cuarta compañía
contundidos, deshechos, mutilados...

Llegó la triste noche. Allá á lo lejos
brillaban los reflejos
del fuego intermitente,

se perdía en el monte, entre las peñas,
el eco del crujir de las cureñas
que se iban alejando lentamente,
y, muy de tarde en tarde, cuando el viento
dejaba de soplar en los confines
del bosque turbulento,
se dejaba escuchar, como un lamento,
el lejano clamor de los clarines
que llamaba á la lista al regimiento.
Cuando, poco después, no quedó nada
más que el leve susurro en la floresta,
sobre el montón de carne magullada
se cernía en el aire una bandada
de cuervos que acudían á la fiesta...

—
Y cantando esta hazaña ha dicho un vate:
«¡Duerman en paz los héroes del combate!
¡La patria guardará, para su gloria,
sus nombres en el libro de la historia!»
¡Y se equivoca usted, señor poeta!
Ni la patria se fija en un corneta,
ni tratará de honrar á aquellos hombres.
Por no saber, no sabe
cuáles eran sus nombres...
¡ni le importa un comino, que es lo gravel!



À UNA... CUALQUIER COSA

¿Me vas á contar tu historia?
Pues no te molestes, Pepa,
porque es fácil que la sepa
de memoria.

¡Tendría mucho que ver
que oyéndotela contar
yo, que buscaba el placer,
acabara por llorar
sin querer,
con las mismas amarguras,
con iguales desventuras
y con los mismos quebrantos,
justos castigos del cielo,
que me han referido tantos
querubines... de tu pelo!

¡Quita, quita!
Finge, si puedes, amores
y no llores los rigores
de tu desgracia infinita,
que á mí, por mucho que llores,
no me conmueves, Pepita.

Cuenta tus penas, si quieres,
á esos seres
que admiten vuestros descuidos
y á esta clase de mujeres
llaman ángeles caídos.
Porque yo, aunque te parezco
compasivo por las trazas,



hija, no me compadezco
de llantos ni calabazas.
¿Que es un rigor excesivo?
¿Que sería compasivo
si te oyera? ¡Que te calles!
¡Otro cuento! ¿Para qué?
¿Te apuestas algo á que sé
casi todos los detalles?
Mira, verás: un traidor
que mintiendo puro amor
te sacó de tu morada
y te dejó abandonada
al cabo, que es lo peor.
¿No es eso? Pues otra cosa:
tu madre, por el dinero,
hizo ver á un caballero
que éras joven y graciosa,
y el hombre, que no era sordo,
tú, que éras una bendita...
¿Tampoco es eso, Pepita?
¡Pues mira que eso ya es gordo!
Otra disculpa del mal:
tu padre en el hospital,
tú arrojada del taller,
sin asilo, sin comer,
sin un traje de percal,
la tentación permanente,
el hambre viva, el pan caro...
¿ésa es tu novela? ¡Claro!
¡Como que es la más frecuente!
¿Y te has figurado, chica,
que queda justificada
la que por eso claudica?
Pues estás equivocada.
¡Eso no lo justifica
ni la miseria ni nada!
¿Qué tu has creído que sí?
Pues tienes que confesar

que, de perdonarte á tí,
habría que perdonar
al que roba y al que mata
luchando por la existencia
y al que vende la conciencia
por un puñado de plata.
¿Que cómo ibas á salir
victoriosa sin apoyo?
¡Pues dejándote morir
en la mitad del arroyo,
que no es la primera vez
que de ese modo se mueren
los honrados que no quieren
sacrificar su honradez!
¿No es lo mismo? ¡Sí es lo mismo!
Y para salir triunfante
de la atracción de ese abismo
no hace falta el heroísmo:
¡con la decencia es bastante!





SANTIFICAR LAS FIESTAS

La señora condesa del Abono
fué célebre, en sus tiempos, por hermosa,
y es en la actualidad la más piadosa
de todas las señoras de buen tono.

Su devoción es tanta
que emplea su influencia omnipotente
en la tarea santa
de llevar á la gloria mucha gente,
y siguiendo esta norma,

con el tesón de un padre misionero,
procura introducir una reforma
que le cuesta disgustos... y dinero.

Dos docenas de damas elegantes,
bajo su dirección, llevan á cabo
trabajos incesantes
redimiendo al obrero, al pobre esclavo
que, por causa de un amo descreído,
en su interés moral se perjudica
porque no santifica

las fiestas de guardar, como es debido.

Es el bello ideal de estas señoras
un domingo sin obras ni jornales,
en que nadie trabaje ni dos horas,
como cumple á católicos formales.

Bien sabe la condesa
que es muy difícil rematar la empresa;
pero sabe también que poco á poco
puede volverse cuerdo un pueblo loco;
y tanto ha predicado, tanta gente
obedece á las damas elegantes,
que más de cien comercios importantes
se han cerrado por ellas solamente.

El domingo pasado
se levantó á las once la condesa,
pidió el almuerzo, y, al dejar la mesa,
—Que enganchen el milord—dijo al criado.
Pero pasó más tiempo del preciso
para poner al tronco el correaje,
y no daban aviso
de que estaba esperándola el carruaje.
—¡Á ver! ¡Que suba Juan!—dijo la dama,
irritada de verse mal servida.
Y entró Juan, con la cara compungida,
murmurando al entrar:—¿Vucencia llama?

—¡He pedido el milord hace una hora!—
gritó, en son de reproche, la condesa;
y contestó el gallego:—¡Peru agora
non puedu trabaxar! ¡Soy miembru de esa
sociedadaz que preside la señora!





EL MAQUINISTA

Yo soy uno de tantos, Juan Fulánez,
paso la vida con la cruz acuestas,
encontrando pequeños los placeres
y soñando grandísimas las penas.
No me conoce nadie, y no me importa;
yo no conozco á nadie, y no me pesa;
soy un grano de tierra en la montaña,
soy una gota de la mar inmensa.
El día que tropiece en el camino
la máquina en que voy, caeré con ella,
y nunca nadie me echará de menos
ni mi apellido se sabrá siquiera.
Pero siendo yo así, tan poca cosa,
¡un átomo de hierro en una rueda!
cuando subo á mi *ténder*, y oigo el toque

de la campana que me dice «¡arreal!»
no me cambio por nadie en este mundo,
aunque al hacer el cambio me pusieran
fajín de general en la cintura
ó mitra episcopal en la cabeza.
Porque crezco á mis ojos; me parece
que el hierro adquiere vida en mi presencia,
y la máquina y yo, fuertes, sublimes,
tomamos proporciones gigantescas.

Al resoplido del vapor que escapa
y entre el ruido de topes y cadenas,
salimos como el rayo, acompañados
por el rudo fragor de la tormenta.
Todo retiembla á nuestro paso, ¡todo!
y yo siento subirme á la cabeza
el fuego que en su cárcel se retuerce
y nos empuja en infernal carrera.
Allá se queda lejos, en las sombras,
la ciudad con sus vicios y miserias,
y el nimbo de la luz de los faroles
da vigor y relieve á la silueta.
Y yo corriendo voy, cruzo los ríos,
me escondo en las entrañas de la sierra
y me pierdo en la umbría de los bosques,
espantando á las aves y á las fieras.
Y cuando en triste noche del invierno
furioso el huracán silba en las peñas
y el torrente desciende de las cumbres
y la lluvia en la máquina se estrella,
mientras el tren me sigue, y á la espalda
dormidas van quedando las aldeas,
y si el trueno en las nubes amenaza
ronco el rumor del monstruo le contesta,
entonces, con la mano sobre el freno,
yo, Juan Fulánez, carne de taberna,
me acuerdo de los hombres, y me-veo
tan grande como Dios sobre la tierra.





EPÍSTOLA TRASCENDENTAL

¡ estimado don Antonio:
Recuerdo que usted me dijo,
cuando tratamos del hijo
de su feliz matrimonio,
que, gracias á usted, sería
muchas veces millonario,

aunque fuera necesario
hacer cualquier picardía.

No por él precisamente,
sino porque en su cabeza
la prosperidad empieza
de su rama descendente,
y usted quiere que esa rama
tenga, por propio derecho,
medio cielo azul por techo
y medio mundo por cama.

Que domine, que avasalle,
reina, en fin, de la justicia,
de la banca y la milicia,
y la campifia y la calle...

Cuenta usted para lo dicho
con muchas generaciones
que, reuniendo millones,
hagan ley de su capricho,
y apoya usted su opinión
en la verdad evidente
de que es el rey más potente
su majestad el millón.

Bueno; dada la prudencia,
la habilidad y el saber
que vamos á suponer
en toda su descendencia,
concedo toda la suma
de importancia y de dinero
que, empezando en su heredero,
crecerá como la espuma.

Pero ¿usted se ha figurado
que el mundo no va á cambiar,
y que siempre van á estar
las cosas en tal estado?

¡Error, gravísimo error!
¡No se fije usted en esa
politiquilla traviesa
de actualidad, no señor!

Pique usted algo más alto,
mírelo usted desde arriba,
y espero, cuando me escriba,
que me pinte el sobresalto.

Estamos en un período
de transición, de agonía,
y es muy probable que un día
el diablo cargue con todo.

La plebe, la pobre plebe
va siendo masa ilustrada,
y va no respeta nada
y á cualquier cosa se atreve.

—No debes pasar de aquí—
le ha dicho quien la ha enseñado;
y la masa ha contestado
sonriéndose:—¿A que sí?—

Con las civilizaciones
se aguza el entendimiento
y... viene el refinamiento
de vicios y de pasiones.

Ya ha sucedido otras veces
una cosa parecida,

y la experiencia adquirida
hace profetas y jueces.

Mientras gente afeminada
discute ideas brillantes
y, calzándose los guantes,
ríe, goza y... no hace nada,
en el Norte ruda tropa
se va adiestrando en la esgrima,
y se nos va á echar encima
y se va á tragar á Europa..

Con ella vendrá también,
escondido en sus cañones,
el coco de las naciones,
el socialismo, ¡el belén!

Y no quedará, si empieza
á ensayar su plan sencillo,
ni peseta en el bolsillo
ni títere con cabeza.

¡Todo irá abajo! El trastorno
será espantoso, terrible;
y lo que sea fusible,
se fundirá en aquel horno.

Y luego... Dios será el juez
que decida la batalla...
¡Y acaso venga la tralla
del feudalismo otra vez!

—

Resulta, pues, inocente
que se haga usted ilusiones,
soñando con los millones
de su rama descendente.





EL FURGÓN

Iban veintiocho muertos en el carro del hospital, revueltos y desnudos, carne medio podrida, que á la fosa desde su lodazal mandaba el mundo.

Cruzando por los baches del camino se agitaba la carga á cada tumbo y, con los choques, el montón quedaba cada vez más informe y más confuso.

De todo había allí: pobres ancianos por quienes nadie vestirá de luto, porque dieron sus hijos á la patria y se quedaron ellos sin ninguno; infelices mujeres que en la feria vendieron el amor por un mendrugo

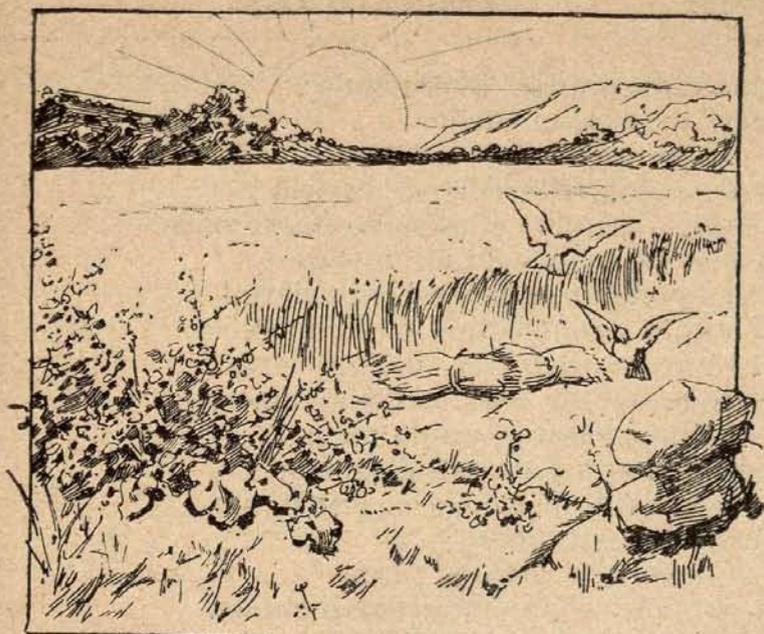
y hallaron, en la fuerza de la vida,
veneno en el placer, muerte en el gusto,
y obreros que cayeron en la lucha
con el aire letal de su tugurio,
y niños que murieron sin que nadie
acercara los labios á los suyos...

Paró en el cementerio el carricoche;
el capellán les dedicó un murmullo
y echó una bendición, de mala gana,
que serviría para todos juntos.

Los obreros que habían de enterrarles
se acercaron corriendo y en tumulto
y abrieron á la par las portezuelas
del armatoste fétido y oscuro.

Tuvo aquello que ver. Hubo blasfemias,
maldiciones y votos como puños.
—¿Qué les pasa? ¿Qué es eso? (dije al cura).
—¡Que les insultan porque vienen muchos!





IDIPIO CAMPESTRE

Una tórtola amante, pudorosa
como todas las tórtolas amantes
que no son otra cosa,
en busca de su amor corría ansiosa
saltando entre unas matas de guisantes.
El la esperaba lejos, allá abajo,
en la misma lindera de los trigos
que fueron ¡ay! testigos
de los dulces albores del noviajo.
¡Y qué tranquilo estaba! ¡qué ignorante
de que en aquel instante
le llevaba su dueño

una noticia atroz, horripilante,
para quitarle el sueño!

Llegó la tortolita fatigada
y en el primer esbozo de caricia
le dijo:—¡Quieto el pico, no hagas nada!
y le soltó en el acto la noticia.

¡Se oponían sus padres! ¡Era cierto!
¡Maldita terquedad, ó lo que fuere!
(El tórtolo infeliz no quedó muerto
porque sólo de amor nadie se muere.)

Debían separarse, era lo justo,
para evitar á todos un disgusto;
y la ardiente pasión, y el juramento
de cariño constante,
los llevaría el viento

á otro sitio cualquiera muy distante.

¡Oh duelos! ¡oh congojas!

¡Oh fiera y espantosa despedida!

¡Oh lances que producen en la vida
dolores fuertes y alegrías flojas!

—Pues nunca hemos de vernos, dijo el macho,
y te unirán tal vez dentro de poco
con cualquier mamarracho,
calma por hoy mi afán, porque estoy loco.

—¡Nunca! dijo la hembra. Yo no puedo
perder mi dignidad.

—¿Me tienes miedo?

—¿Miedo yo? ¡Dulce bien! Soy tan valiente
como cualquiera tórtola inocente.

—Pues ámame.

—Pues no.

—¡Siquiera un rato!...

Total: que se dió al cuerno
el mandato paterno
al compás de un arrullo suave y grato.

.....
Y vea usted ahora,
distinguida lectora,

lo que son estas cosas de animales:
estarán mal contadas, sí señora,
pero nunca parecen inmorales.

Y si le pongo á usted la misma escena
entre una parejita de cristianos,
ya se puede apostar á que se llena
de santa indignación, si usted es buena,
y se tapa usted el rostro con las manos!



SOLITO



Espérate un momento,
mariposilla blanca
que audaz revoloteas
en torno de la llama.
Aquí, encerrado, lejos
del mundo que descansa,
gozando de la noche
las horas tristes, largas,
sin ruidos que perturben
ni ideas que distraigan,
estoy mirando el tenue
polvillo de tus alas
que al desprenderse brilla
y entre la sombra acaba.
Me considero solo
contigo... y con el alma,
que se dejó á la puerta
sus penas y sus ansias
y me ha quedado libre
de su onerosa carga
de anhelos, ilusiones,
recuerdos y esperanzas.

Supongo que allá fuera
no hay luchas ni batallas,
ni existe ser viviente,
ni ha habido nunca nada;
que el mundo eres tú sola,
que vuelas, subes, bajas,
con esa luz brillante
poniéndote borracha;
que Dios nos ha creado
por una extravagancia,
y en cuanto tú te quemes
y yo sin vida caiga,
se acaban en seguida
los mundos y las razas,
pues no ha querido el cielo,
por suerte ó por desgracia,
ni hacerme mariposo,
ni hacerte chica guapa.
Yo soy feliz ahora,
feliz como la barca
que allá en el mar inmenso
perdida y solitaria,
sin dueño que la guíe,
sin velas, sin amarras,
tranquila por su suerte
se mece sobre el agua.
¡Benditas estas horas
en que se aísla el alma,
sin sombras de pasiones
ni augurios de desgracias,
y vuela libremente
rasgando con sus alas
la inmensidad serena
que el pensamiento abarca!
Hay días ¡casi todos!
en que estas horas plácidas
los ecos de la vida
me turban y me amargan;

¡hoy no! porque tú has hecho,
jugando, que se vayan,
y me has traído en cambio
quietud, sosiego y calma...
Ya ves cuán dulcemente
mis párpados se bajan
y el sueño de los justos
cuán rápido me embarga.
La vela dejo ardiendo;
me duermo. Muchas gracias;
adiós, ¡y no te abrases,
mariposilla blanca!





LAS LEYES DE LA HISTORIA

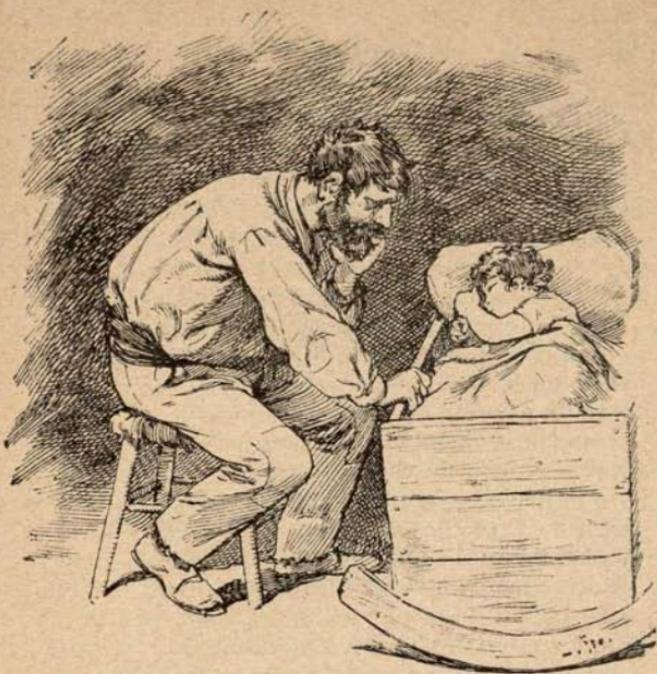
Bajo el brillante sol del Mediodía,
que difunde el placer y la alegría
y cubre la pradera
con alfombras de flores,
y alumbra unas mujeres de primera
y excita á la pereza y los amores,
se enervan los espíritus, la raza
decae y se afemina
y adquiere con el vicio que domina
muscultura de papel de estraza.

Y siempre ha sido así. Pero un resorte
movido por extraña y hábil mano
arroja sobre el monte y sobre el llano
las hordas de los bárbaros del Norte,
rudos, fuertes, salvajes,
que se alimentan con la carne cruda
y llegan sin más armas ni equipajes
que toscas mazas y la piel desnuda.
Pelean como el viento que se lleva
las hojas lacias del jardín florido
y presta al viejo tronco carcomido
gérmenes nuevos con la savia nueva.
No queda ni una piedra donde estaba,
pero callan clarines y bocinas,
y sobre el pueblo débil que se acaba
surge un pueblo viril entre las ruinas.

Poco tiempo después, los invasores
se dejan dominar por los sentidos,
se entregan al placer y á los amores,
y quedan como estaban los vencidos...

—

Yo no entiendo estas leyes
que rigen á los pueblos y á los reyes...
Porque esas invasiones
que vienen á dar vida á las naciones,
necesarios *injertos*
que, aunque traigan rigores excesivos,
fortalecen la sangre de los vivos
con la sangre caliente de los muertos,
pueden tener objetos diferentes.
¿Cuál se logra alcanzar de estas dos cosas:
vigorizar las razas decadentes,
ó afeminar las razas vigorosas?



EL CALVARIO

Juan, peón de albañil, tenía un chico que, en opinión del padre, era una perla. Por él, encaramado en el andamio, se exponía á romperse la cabeza y no echaba unas copas los domingos ni se compraba nunca blusa nueva. Al volver á su casa por la noche, fatigado y rendido de la brega, se acercaba á la cuna del muchacho

y se pasaba allí las horas muertas,
con la cara del ángel escondida
entre sus barbas sucias y revueltas,
cantando á media voz las dulces coplas
lentas y tristes de la *nana* eterna.

—

Un día el chico se murió. ¡Los niños
se mueren casi todos! La miseria,
tras de ayudar al mal ó prepararle,
no permite el socorro de la ciencia.
Juan empeñó la capa pingajosa
y compró un ataúd por seis pesetas.
El mismo le cerró, se le echó al hombro,
y una tarde de toros, tarde espléndida,
en que Madrid entero rebullía
y se lanzaba ansioso á las afueras,
fué á enterrar allá lejos aquel hijo
que era el único imán de su existencia...
Lloraba el infeliz, y sobre el yeso
que le pintó en el rostro una careta
resbalaban las lágrimas, grabando
los surcos que el arado hace en la tierra.

—

Restallaban los látigos, crujían
abrumados del peso ejes y ruedas,
y entre el ruido de alegres cascabeles
y el inmenso barullo de la fiesta,
la carretera de Aragón arriba
iba subiendo Juan, muerto de pena,
sólo con sus dolores, ¡hala, hala!
con la cajita de su niño acuestas.
A fuerza de codazos y empellones
pasó la Plaza y se acercó á las Ventas.
Allí no pudo más. Los merenderos

rebosaban de gente, las parejas
bailaban en redor del organillo,
de vino y goces y entusiasmo ebrias.
Vibraban en el aire los rumores
de risas, chicoleos y blasfemias,
y era el contraste tan brutal, tan duro,
que perdió el desgraciado la cabeza
y, sintiendo una angustia indefinible,
dió con su cuerpo y con la carga en tierra.

Cesó por un instante el bailoteo,
se quedaron vacías las tabernas,
y aumentaron los grupos de curiosos
á punto de obstruir la carretera.
—¡Miá que caerse aquí! (dijo una chula
muy guapota y muy *barbi* y muy flamenca,
dejando de bailar un vals ceñido).
Irá borracho. ¡Pa lo que eso pesa!—
Y anudando el pañuelo á la cintura,
volvió para agarrarse á la pareja.



EN EL ÁLBUM DE UNA BAILARINA

(QUE NO SABE LEER)



Dios te dió los ojos garzos,
los labios como cerezas,
el cutis de terciopelo
y los dientes como perlas.
Puso en tu cuerpo la gracia
que enloquece y embelesa,
la dulzura en tu sonrisa
y en tu rostro la belleza.
Quiso que un hombre te amara
con adoración inmensa
y en paz, tranquila y dichosa
fueses del hogar la reina.
Y acaso cuando, cumplida
tu misión sobre la tierra,
de la lista de los vivos
borrar tu nombre quisiera,
pensó llevarte á la gloria
y colocarte á su diestra,
más que en premio á tus virtudes,
por gozar de tu presencia.

Pero el diablo, que no duerme
y entre las sombras acecha,
dejó traidor en tus ojos
dos ascuas de sus calderas,
ansia de besos impuros

en esos labios de fresa
y ardor de locos placeres
en la sangre de tus venas.
Te puso medias rayadas,
calañés sobre las cejas,
chaquetilla de alamares
y falda con lentejuelas,
y colocándote airosa
en las tablas de la escena,
te dijo:—¡Baila!—Y bailaste...
¡y adiós á la gloria eterna!

 Cuando los ojos entornas
y el lindo talle cimbreas
y entre los húmedos labios
los blancos dientes enseñas,
la multitud te devora
con miradas de impureza,
brincan, al vibrar, los nervios
y las gargantas se aprietan.
Y cuando alzando el vestido
la enagua bordada muestras,
palpitante el albo seno
y ondulantes las caderas,
y á través de los encajes
luces las caladas medias,
al compás del taconeo
que hace temblar la madera,
la muchedumbre se agita,
se inflama, ruge y pateo,
como el león enjaulado
á la vista de la hembra.
Te acompañan dignamente
juramentos y blasfemias,
aullidos de amor salvaje
y resoplidos de bestias.

.....
 ¡Ay, pobre Paca! Tú corres
en brazos de la tormenta,

y en vez del hogar tranquilo
que merecías, te esperan
lágrimas, injurias, golpes,
celos, traiciones, ofensas
y... morir de un navajazo
al salir de una taberna.

Pero creo que hoy, al verte,
el mismo Dios se recrea,
y aunque haya perdido un alma...
¡no le ha pesado perderla!





LA COSTUMBRE

Un día Satanás soltó un bostezo
y, dejando el tridente,
se propuso dormir tranquilamente
con la cola enroscada en el pescuezo.
Y apenas cerró un ojo (¡sólo uno!
porque, siempre sagaz, siempre ladino,
duerme á medias no más), hete que vino
á malograr la siesta un importuno.
Era un diablillo verde, monstruoso,
con los ojos saltones como un sapo,

que las echaba, al parecer, de guapo,
 porque entró con un *chic* jacarandoso
 y al pasar adelante
 hizo el saludo al rey de los infiernos
 inclinando los cuernos
 de un modo distinguido y elegante.

—¿Qué pasa?—dijo el diablo.

—¡Friolera!

Se ha armado una jarana de primera.

—¡Otra jarana! ¡El pan de cada día!
 ¿Dónde es?

—En la caldera
 segunda de la octava galería.
 Parece que los diablos encargados
 de alimentar el fuego
 lo han dejado apagar por todos lados,
 y están los condenados
 quejándose á rabiarse...

—¡Otra te pego!

¡Qué bestia es esa gente!

¿Conque lo horrible del suplicio cesa
 y dicen que les pesa?

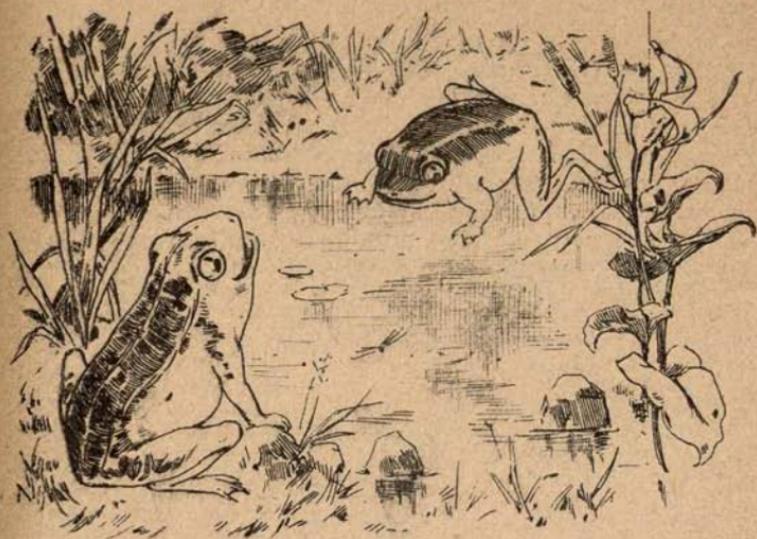
¡Pues si deben quedar tan ricamente!

—Eso es lo que yo he dicho,
 creyendo que chillaban por capricho;
 pero juran, perjuran y protestan
 que tienen la costumbre
 de tostarse y sufrir entre la lumbre
 y... no se sienten bien si no los tuestan.

.....
 De este modo se explica
 que mi amigo Julián, honrado y bueno,
 viva atado á las faldas de una chica
 que es fea como un trueno
 y que tiene un carácter de veneno.
 Le domina, le engaña, le escarnece...
 y él, dócil como un niño,
 quiere encontrar disculpa en el cariño

y en el fondo del alma la aborrece.
Así lleva Julián, día por día,
diez años de tormento y de agonía,
fijo en la idea de romper muy pronto
el dogal que le aprieta... ¡Pobre tonto!
¡Jamás lo romperá! ¡Se ha acostumbrado
á su amor indecente,
igual que se acostumbra el condenado
al fuego que le abrasa eternamente!



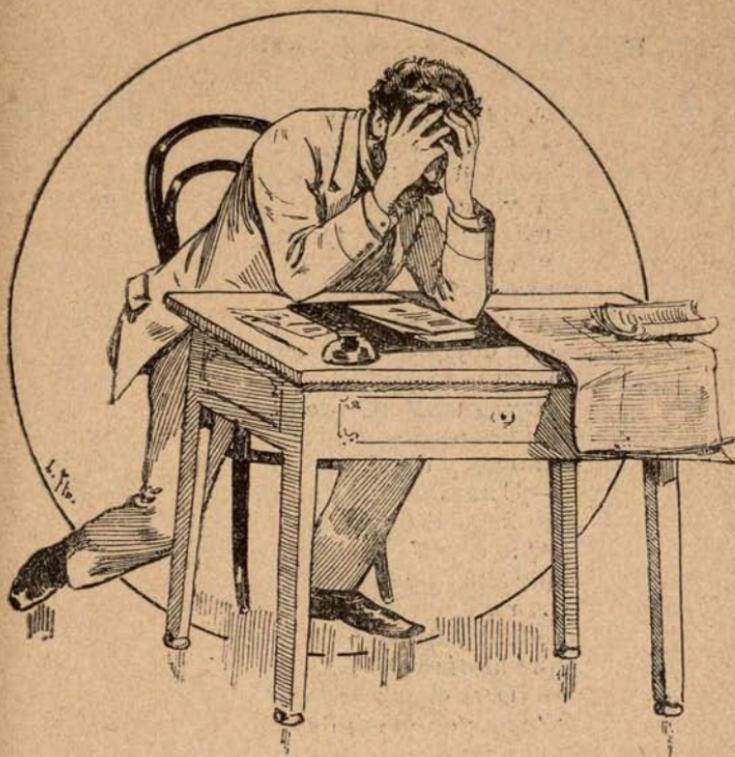


HOY POR TI...

Llegó la inundación como una tromba arrasando los frutos de la tierra, y en el cieno quedaron sepultadas la mitad de las casas de la aldea. Pocos días después, como vestigios del paso asolador de la tormenta, quedaban los despojos de los muertos en la inmundicia de la charca infecta. Allá entonaban cánticos las ranas alabando á la sabia Providencia, que atendía benévola sus preces y les daba una dicha como aquélla.

—¡Mal corazón tenéis!—les dijo un sapo.—
¡Gozáis con la desgracia y la miseria!
—Así es el mundo, amigo. ¡Verá usía,
en cuanto llegue el tiempo de la siega
y el sol abrasador seque la charca,
cómo cantan los hombres y se alegran
al recoger el trigo, aunque nos hallen
en el rastrojo á centenares muertas!





¡AL YUNQUE!

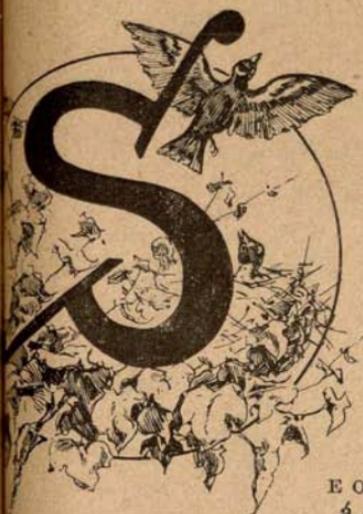
Ha días que andamos
con grandes esfuerzos
la fiebre á rendirme
y yo á que no quiero.
Traidora me causa
continuo tormento,
me abrasa la sangre,
me oprime el cerebro,
rodea mis ojos

de círculos negros
y, en una palabra,
me deja en los huesos.
Y yo, cada día
más firme, más terco,
ni cejo ni triunfo,
ni caigo ni venzo.
Al ver las señales
que deja en mi cuerpo
la ruda tormenta
que aguanto por dentro,
de fijo se dicen
amigos y deudos:
—¡Caramba! Este mozo
no llega al invierno.
¿Que no? ¡Vive Cristo
que allá lo veremos!
La rabia en la lucha
redoblo, si pienso
que al día siguiente
se borra el recuerdo...
¡Pensar que las mismas
mujeres que quiero
querrán á cualquiera
que ocupe mi puesto,
y alegres, dichosas,
sin penas ni duelos,
irán por doquiera
dejando *mis* besos!
¡Pensar que los pocos
amigos que tengo,
pasados los tristes
instantes primeros,
irán donde vamos,
harán lo que hacemos,
y en torno á la mesa
fumando y riendo,
tal vez no reparen

que hay uno de menos
y está allí, vacía,
la silla del muerto!...
¡Caramba! ¡Es muy fuerte!
No quiero... ¡y no quiero!

Volviendo al principio
yo sé lo que es esto.
La guerra continua,
los días tremendos,
las coplas infames,
las noches de estrenos...
son cosas que ponen
tirantes los nervios,
los rompen un día
y en paz, y *laus Deo*.
Y sé, por lo tanto,
que acaso el sosiego,
la calma, la vida
tranquila del pueblo
pudieran volverme
las fuerzas que pierdo.
Pero eso *¡nequaquam!*
¡no paso por eso!
Si, al fin, me consume
la vida este fuego,
caeré en la trinchera
que alcé con mi esfuerzo,
que así es como deben
morir los guerreros...
¡Y Dios me perdone!
¡y niños al cielo!





FÁBULA

E oponían los padres de un jilguero
á que hiciera el amor á una pardala
que tenía su nido en un alero,

y á quien tildaban de coqueta y mala
porque había tenido relaciones
con cincuenta pardillos y gorriones...

—¿Dónde vas á meterte, criatura?—
le decía la madre cariñosa.—

¿Tanto te ciega la pasión impura?

¿No ves que es una pájara asquerosa?

—Pero ¿por qué, mamá?

—Porque se sabe

que ha cambiado de amantes cada día

y ya no queda un ave

que al saber que la quieres no se ría.

—¡Aves calumniadoras!

¡Pájaros embusteros y cobardes!

¿No veo su candor á todas horas?

¿No me prueba su amor todas las tardes?

—¡Eso es porque es muy lista

y oculta sus defectos á tu vista!

—¡Madre!—piaba al fin el pobre chico,—

¡no me diga usted más, porque la pico!

Y con estas cuestiones,
los consejos del padre, los agüeros
de los otros jilgueros
y las pullas sin fin de los gorriones,
sirvió la oposición como acicate,
fué la pasión creciendo, buena ó mala,
y una noche hizo el pobre el disparate
de escaparse de allí... con la pardala.

—
Volaron á otro bosque. Quince días
gozaron del amor, hora tras hora.
¡Qué dulces melodías
y qué luna de miel tan seductora!
Al cabo, el jilguerito,
¡oh condición voluble pajarera!
llegó á encontrarse ahito
de su amante engorrosa compañera.
Y entonces se acordó de los consejos
de los pájaros viejos,
y aunque ni en sueños le faltó su amada,
tomó soleta y la dejó plantada.

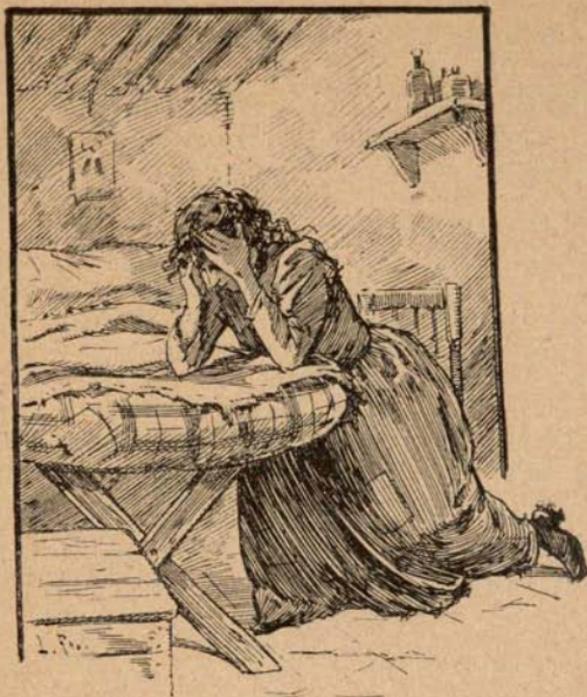
—
—¡Hola! ¿Te has convencido?—
exclamaba su madre al otro día
viéndole aparecer cerca del nido.—
¿Salió la cuenta como yo decía?
—Exacta, sí señora;
la pardala es perjura y es traidora...
—¿Te ha dejado por otro pajarito?
—Al contrario, teniendo mis amores

no la importaba, al parecer, un pito
la más linda pechuga de colores.

—¿Y, siendo así, la dejas? ¡Cosa rara!

—Es que... pudiera ser que me engañara,
porque yo en amoríos no estoy ducho
y ella, como usted sabe, ¡finge mucho!





UNA MÁS

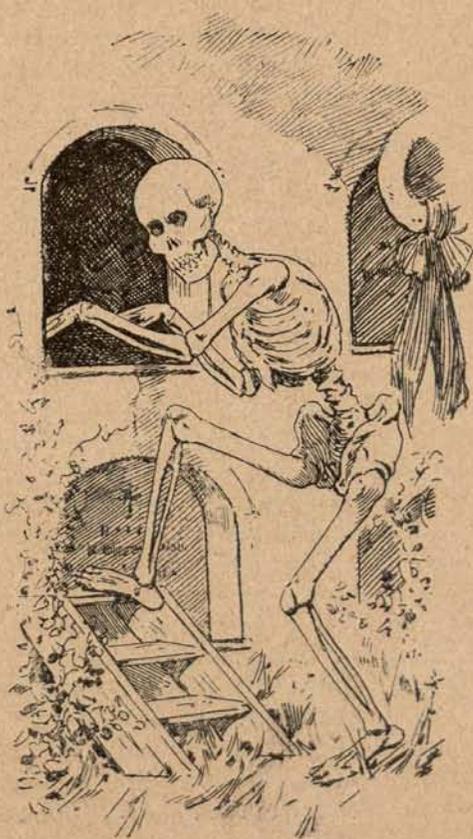
En una habitación desmantelada,
tendida en un camastro, sola, enferma,
cansada de llorar tu desventura,
te ha rendido la fiebre, Magdalena.
Aquellos labios que pedían besos
están ajados como flores secas;
los ojos, en que el vicio llameaba,
sin brillo esparcen la mirada incierta.
Vendiste tu hermosura, y la gastaron

los infinitos dueños de tal prenda:
¿á que, viéndote así, ninguno quiere
calmar tus duelos ni escuchar tus quejas?
Amor alegre te cubrió de alhajas,
te dió champagne y te vistió de seda,
y tú fuiste el encanto en las orgías
rebajando el placer á la indecencia.
Como estrella brillaste con tu orgullo,
deseando eclipsar á las estrellas,
y hoy te mueres de frío en tu guardilla,
triste y abandonada, pobre y fea.
Y es que el caudal ganado en tal comercio
el diablo que lo trajo se lo lleva,
sugiriendo la idea del derroche
á todas las mujeres de tu cuerda.
Los que te dieron antes su fortuna,
la encontraron tal vez tras de la puerta,
porque, á haberla ganado con sus puños,
no la tiraran ellos ni la dieran.
¡Y has acudido á todos! ¡Inocente!
La joya que no luce, se desprecia.
¡Los que dan en diamantes dos millones,
nunca dan en garbanzos dos pesetas!

Resumen: Ahí te envió... lo que puedo.
Perdóname lo escaso de la ofrenda;
lo gané trabajando, y cada duro
vale más de un millón, por lo que cuesta.
Pero no me agradezcas el esfuerzo,
porque á cambio me das, sin que lo sepas,
el placer de hacer bien á un desdichado,
que es el placer más grande de la tierra;
mayor que el que compraron tus amantes
sembrando tu camino de oro y perlas...
porque el otro era tuyo y éste es mío:
tú te llevaste aquél, ¡pero éste queda!

1.º DE NOVIEMBRE

de dolor y espanto!
como un lamento
panadas, y el viento
eco al camposanto.
trida extrañas luces
sobre las fosas,
taron las losas
vieron las cruces.
on los panteones
nstante desiertos,
sarcharon los muertos
ntas direcciones.
ay que ver que, si da frío
r al más pintado
enterio ocupado...
as pavura vacío!
ez, que erizan el pelo
culturas abiertas,
ófagos sin puertas,
ldas por el suelo,
as en pueblos y villas
rgan los esquilones,
van las oraciones,
enden las lamparillas,



y en torno á los campanarios
revuelan, sin hacer ruido,
las sombras de los que han sido
envueltas en los sudarios!

.....

Poco á poco la sombría
noche desgarró su velo
y se fué aclarando el cielo
con los albores del día;
cesaron las campanadas,
las lámparas se apagaron
y, ocupadas, se cerraron
las tumbas abandonadas.
Obedeció tarde y mal
á la señal convenida
un difunto, que fué en vida
zapatero de portal,
y no sabiendo ya dónde
meterse, torpe y tardío,
ocupó un nicho vacío
en el panteón de un conde.
Y, como allí no hay quien mande,
llegó el conde retrasado
también, vió el nicho ocupado
y se marchó al hoyo grande.

Por trueque tan natural,
durante el día primero
tuvo el pobre zapatero
que se murió en un portal
visitas, luces, desmayos,
coronas de siemprevivas
y lágrimas expresivas
de duquesas y lacayos,
¡mientras el grande de España,
sin cirios, flores ni gente,
dormía tranquilamente
al pie de una cruz de cañal

.....

Pero hay que advertir primero
que cambio tan repentino
no les importó un comino
ni al conde ni al zapatero.





¡ARRIBA!

No te sulfures, Blas. Eso no es nada.
¿Á qué llamar á voces á la muerte
y maldecir la vida desdichada,
y rabiarse y gritar contra la suerte?
¿Pena tienes, y el alma te envenena?
Pues no rompas por eso tu cadena,
que en la pena más honda
echa el tiempo la sonda
y se averigua entonces que no hay pena.

En las crisis así, cuando parece
que se traga veneno
y la grata ilusión se desvanece...
no hay medicina como un libro bueno.

Yo, apenas, con motivo ó sin motivo,
asoman el dolor ó la amargura,
me enfrasco en la lectura
y encuentro á las dos horas lenitivo,
y soy feliz, y vivo
en un mundo de paz y de ventura.

Que allá del arte en la región serena
el hálito del diablo no envenena
aquel placer intenso, indefinido,
que haciendo el alma buena
da todas las miserias al olvido.

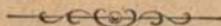
Y aislándome y subiendo de ese modo
el arte lo hace todo
sin transición, ni esfuerzo, ni trabajo,
por el solo poder de sus primores,
quedando los dolores tan abajo
que hasta llego á creer que no hay dolores.

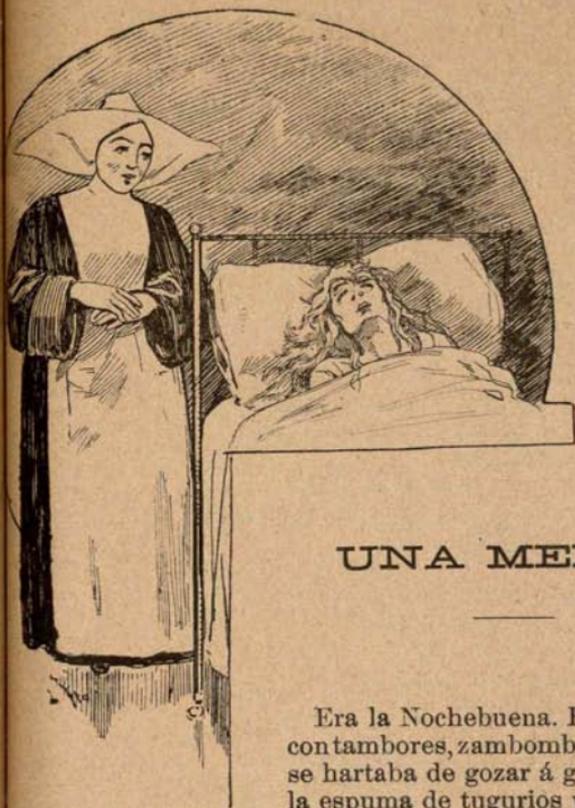
Y embriagado en mis sueños
saboreo el mejor de los placeres.
Me parecen los hombres muy pequeños,
y las mujeres... nada. ¡No hay mujeres!

Conque ya sabes, Blas, en qué consiste
la panacea para no estar triste.

La tierra ya se sabe que es impura;
esa rabia impotente es corrosiva
y acaba en la locura...

¿El mundo te hace daño? ¡Pues arriba!
¡Y domínale tú desde la altura!





UNA MENOS

Era la Nochebuena. Por las calles,
con tambores, zambombas y panderas,
se hartaba de gozar á grito herido
la espuma de tuguriós y tabernas.

Y en una habitación pequeña y triste
del hospital, en torno de una mesa,
los pobres practicantes pretendían
olvidar otras noches como aquélla
bebiendo peleón, hablando recio,
calientes con el vino las cabezas,
cantando á media voz coplas alegres
y jugando al tresillo unas pesetas.
En las lúgubres salas no se oía
ni un soplo, ni un murmullo, ni una queja...
¡La noche era solemne, y los enfermos

pensaban en su gente y en su tierra,
con el dolor á solas! Entretanto
gritaba la gentuza en la plazuela:

«¡Ande, ande, ande
la marimorena!
¡Ande, ande, ande,
que hoy es Nochebuena!»

Se presentó de pronto, donde estaban
los alumnos de guardia, una enfermera.
—¿Qué es eso, Paca?

—Que se muere el siete.

—Que aguarde á que saquemos esta puesta.

—Le corre mucha prisa.

—Pues andando...

Y allá fueron con naipes y botellas.
¡Sí se moría el siete! Casi casi
se podía decir que estaba muerta
una muchacha tísica, una rubia
con los labios lo mismo que cerezas,
y los ojos azules como el cielo,
y los menudos dientes como perlas,
que miraba á la muerte cara á cara
como único remedio de sus penas,
y acababa tranquila, dulcemente,
abandonada y sola en la miseria.
Con el ronco estertor de la agonía,
reclinada en el brazo la cabeza,
pensaría en su madre y en su novio,
que acaso entonces se acordaban de ella.
Se acercó el capellán, todos corrieron,
y con idas y vueltas y revueltas
se alborotó el cotarro... ¡Todo inútil,
jarabes, oraciones, sanguijuelas!...

¡El siete se moría! Y allá abajo
cantaba el populacho á boca llena:

«¡Ande, ande, ande
la marimorena!
¡Ande, ande, ande,
que hoy es Nochebuena!





LEYENDA FEUDAL

El conde Fernán Gonzalo, dueño y señor de una aldea, dos castillos, medio monte y cuatrocientas cabezas de mesnadero, era un hombre rudo, curtido en la guerra, vencedor en seis torneos y el héroe de cien refriegas. Pero en los ratos perdidos era un galán de primera, que requebraba á las mozas ó las tomaba por fuerza, según que las agraciadas eran fáciles ó recias. Y así se pasaba el conde dulcemente la existencia, conquistando, una tras otra, muchachas y fortalezas. Doña Sol, su linda esposa, era arrogante, morena, de formas esculturales, apasionada y... coqueta. Encerrada en su castillo con escuderos y dueñas,

no había más emociones
ni más mundo para ella
que el pedazo que podía
mirar desde las almenas.
Un alma que echaba chispas
en cárcel de hielo presa,
y desahogaba llorando
la pasión que hervía en ella.

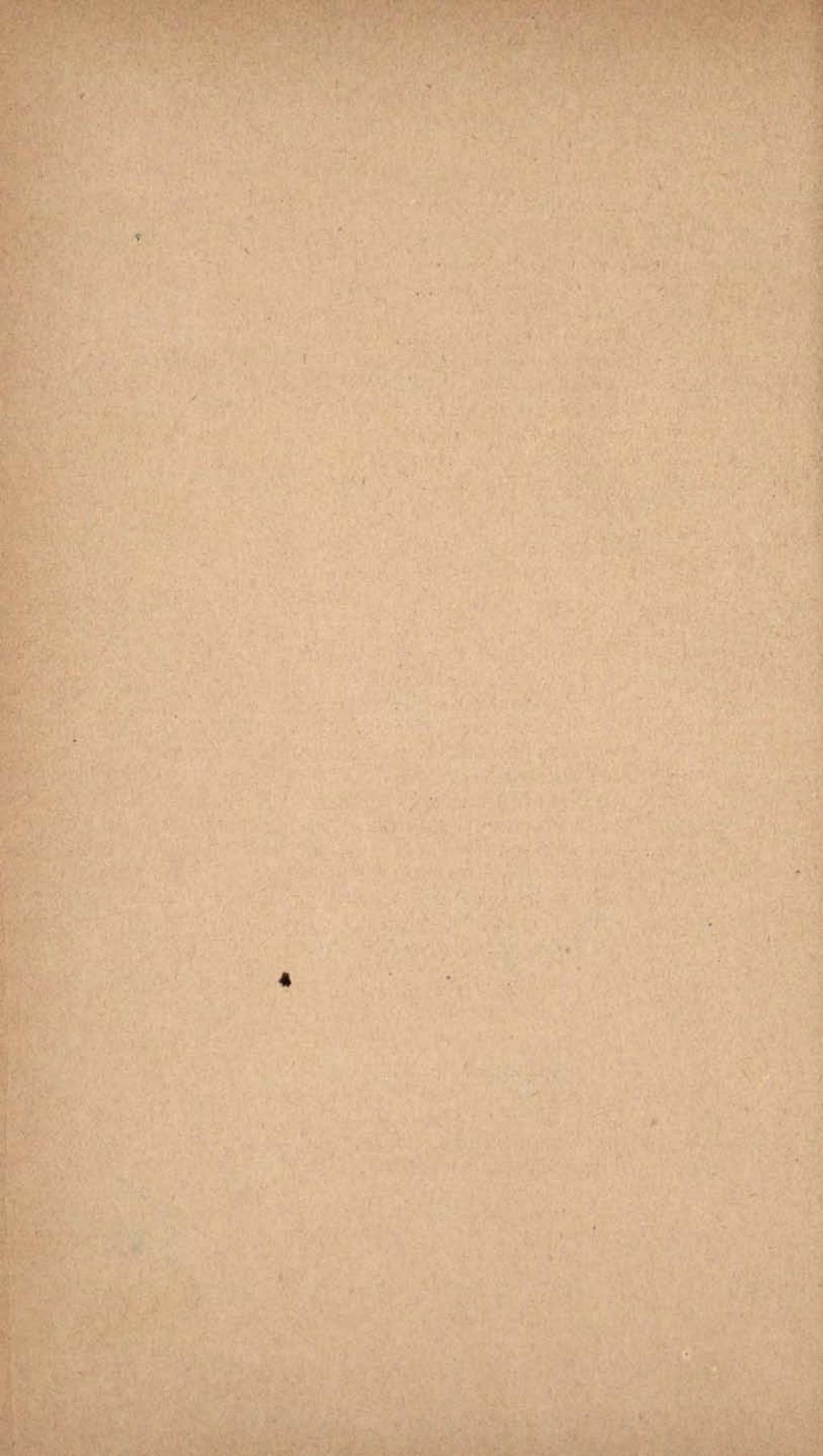
—

Pues, señor, hizo el demonio
que una aldeana, más tierna
que el arrullo del palomo,
más altiva que una reina,
con grandes ojos azules
y labios como cerezas,
lograra infundir al conde,
al par que el amor, la idea
de llevársela al castillo
y admirarla más de cerca.
Dicho y hecho. La echó encima
birrete y mallas de seda,
corpiño de terciopelo
y cintillo con preseas,
y... doña Sol tuvo un paje
rubio como unas candelas,
que le regaló su esposo
como haciendo una fineza.
Pero ¡ay! que nunca les salen
á los traidores las cuentas,
y al ver aquel jovencito
que parecía una perla
sintió la condesa un fuego
que le abrasaba las venas.
Su amor estalló de pronto,
lo mismo que una centella,

y empleó cien artificios
para que el paje lo viera.
Suspiros entrecortados,
miradas dulces, traviesas...
y el paje no lo entendía
¡y esquivaba su presencia!
Doña Sol se volvió loca,
y viendo que, ni por esas
la montaña no venía...
se fué á la montaña ella.

—
Una mañana temprano,
rugiendo como una fiera,
entró en el cuarto del conde
como un rayo la condesa.
—¡Traidor, infame! (le dijo).
¡Es muy digna hazaña vuestra
introducir como pajes
en el castillo mancebas!
Callóse Fernán Gonzalo;
mas de pronto, una sospecha
le turbó, y airado y ronco
gritó, arqueando las cejas:
—¿Cómo lo sabéis, señora?—
Doña Sol se irguió altanera,
fué á contestar, y... se puso
colorada de vergüenza.







DURA LEX...

s ataca en las sombras un bandido;
temblando de emoción rezáis el Credo,
y os deja sin dinero y sin vestido,
y os insulta además por vuestro miedo.

Si le logra atrapar la policía
os muelen, os abruman y os apenan
con dos declaraciones cada día,
y luego le condenan
á estar en la prisión un mes y un día
por ser el robo de menor cuantía.
Pero, en fin, castigáis al bandolero
y... os quedáis sin vestido y sin dinero.

Pongamos otro caso.
Rechazáis la agresión con entereza,
y, en cuanto os sale al paso,
le metéis una bala en la cabeza.
¿Derecho de defensa? ¡Patarata!

Habéis debido huir como un villano,
pues, según lo mandado, no se mata,
hasta el último extremo, á un ciudadano.
Disgustos, sinsabores,
abogados, fiscal, procuradores...
Pero habéis sido siempre hombre de seso,
entra en las circunstancias atenuantes
vuestra conducta de antes,
y aunque habéis cometido un homicidio,
os manda el tribunal, gracias á eso,
nada más por dos años á presidio.
Vuestro honor, los negocios, la carrera,
todo se echa á perder, todo se altera,
y aunque volváis después limpio y honrado
como al ser atacado,
la marca del presidio no os la quita
ni la Virgen bendita...

—

Por eso dicen ¡ay! doctos varones
que están favorecidos los ladrones.





APRENDED, FLORES...

Borracha de ilusión, loca de amores,
en mis brazos cayó, desmelenada,
la pasión llameando en la mirada
y el placer en los labios tentadores.
¡Me entregaba su honor y su hermosura!
—¡Pobre niña, pensé, que en su locura
se rinde del amor á las cadenas
y cambia años de penas

por un instante breve de ventura!—
Y domando mis nervios bruscamente,
vencí la tentación... y fui decente.
No hay tormento que iguale
á tal combate desigual y loco,
porque el fuego del alma, que no sale,
devora las entrañas poco á poco...

.....
¡Esfuerzo de titán, no comprendido!
Porque la niña, desde entonces, suele
decir á sus amigas al oído:
—No le hagas caso, chica, ¡es un pelele!



AMIGA MÍA



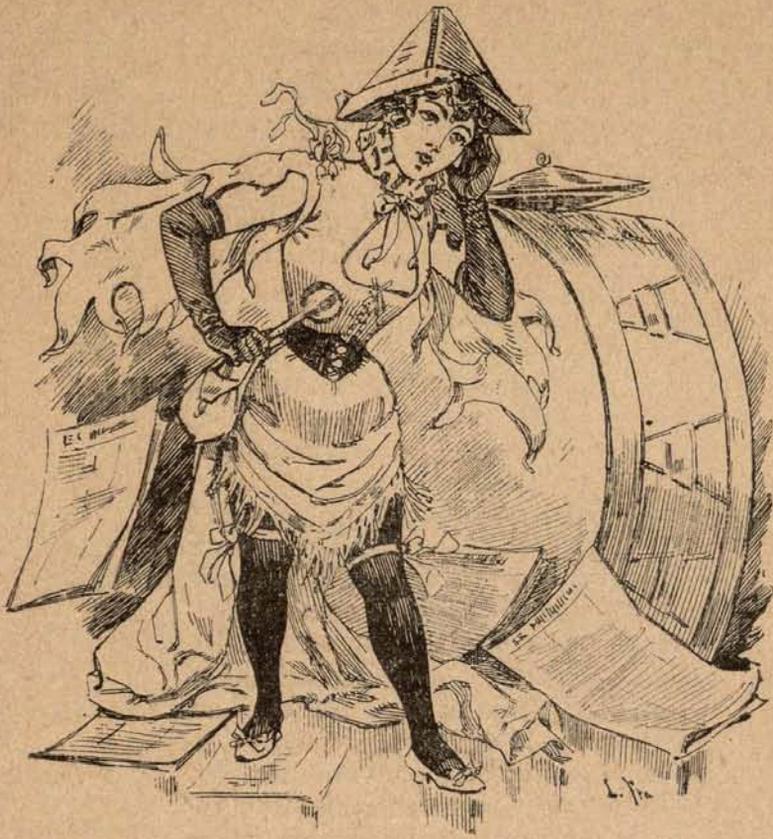
Como dicen que anda ahora
el teatro alicaído,
y están esperando muchas
personas de recto juicio
que se resuelva la crisis
volviendo al sistema antiguo,
por aquello de que el mundo
da vueltas sobre sí mismo,
yo me estoy dando un hartazgo
con todo lo que han escrito
Lope de Vega, Moreto,
Rojas, Calderón y Tirso.
Claro está que así, de prisa,
va resultando prendido
con alfileres, y es fácil
que no saque nada en limpio.
Pero quiero que lo sepas,
por si te choca el estilo:
y crees que te escribo en broma,
cuando con el alma escribo.
El caso es que yo te quiero,
¡y que te quiero muchísimo!
y que sé de buena tinta
que eres, en lo áspera, risco;

en lo voluble, veleta;
en lo festiva, domingo;
en lo respetada, muerte;
en lo respetable, obispo;
en la belleza, querube;
en lo mimosa, chiquillo;
en lo impetuosa, torrente
que salta sobre el abismo;
mariposa, en lo pintada;
fiero tigre, en el instinto;
calabacín, en lo hueca;
poeta serio, en lo mismo;
por la estatura, jirafa;
por los ojos, fuego vivo;
por el lindo talle, avispa;
por los dientes, ratoncillo;
roca, por el pecho; cisne,
por el cuello alabastrino,
y por lo tocada, flauta,
y por lo chillona, pito...

¿No te parece mentira
que yo esté loco perdido
por mujer que, en una pieza,
es avispa, cisne, chico,
jirafa, risco, torrente,
veleta, poeta lírico,
pito, flauta, obispo, fuego,
calabacín, angelito,
mariposa, tigre, muerte,
ratón y día festivo?

Pues sí que estoy loco! ¡Creo
que ya lo habrás conocido!





SUPONGAMOS...

distinguido lector, amigo y dueño,
que me preguntas lo que vi en mi sueño.
Pues vi que una mujer encantadora
surgía de un boliche de la cama.

—¡Recaracoles! (exclamé). ¡Una dama
en tal guisa, en tal sitio y á tal hora!
¿Quién es usted, señora?

—La Fama caballero.

—¿Usted la Fama?

¡Entonces he perdido la chabeta!
 ¿Dónde está la trompeta?
 —¿Trompeta todavía? ¡Qué inocente!
 Yo usaba ese instrumento antiguamente,
 cuando no descansaba ni un segundo
 pregonando los nombres
 de aquellos grandes hombres
 que merecieron admirar al mundo.
 Pero aquello pasó. ¡No soy tan bobal!
 Esto es lo positivo. (Y me enseñaba
 un bombo tan enorme, que ocupaba
 la mitad de la alcoba.)
 ¿Qué le parece á usted?

—Desmesurado.

—Pues sepa usted, amigo, que han brotado
 muchas celebridades de esta caja.
 Y tiene una ventaja.

—¿Qué ventaja?

—Que la maneja el mismo interesado.

—Señora, usted exagera,
 porque eso no sería conveniente.

—Puede usted hacer la prueba fácilmente
 y darse todo el lustre que usted quiera.
 Eso han hecho bastantes majaderos.

—¿De veras?

—Sí, señor, pero pagando.

.....
 Y se marchó gritando:

—¡A peseta la línea, caballeros!





EL ETERNO ABURRIDO

Yo nací en un portal, no tuve nombre,
me eduqué en el Hospicio, fui soldado;
hubo guerra civil en el Estado
y caí peleando como un hombre.

Me enterraron de noche, con misterio,
con otros como yo, pura morralla,
y á todos nos sirvió de cementerio
el mismísimo campo de batalla.

Como fuí bueno en vida,

contaba con un fallo absolutorio;
pero mi cuenta resultó fallida,
y *salí* condenado al purgatorio.

El juzgador estuvo en su derecho;
porque envidié á los otros sus mujeres,
sus madres, sus familias, sus placeres...
todo muy natural, ¡pero mal hecho!

Y aquí estoy extinguiendo mi condena.
El día de Difuntos, cuando suena
el toque de oraciones misterioso
que va á repercutir en lo profundo,
pueden las almas visitar el mundo
con permiso especial de Dios piadoso.

Unos vuelven á entrar en sus hogares
para ver si conservan su memoria,
otros van recorriendo los lugares
que recuerdan detalles de su historia;
éste busca á su novia y la saluda
cuando la habla tal vez otro sujeto;
aquél lleva el objeto
de encargar cuatro misas á su viuda...

Pero á mí no me importan un comino
el enemigo que me hirió en la guerra,
y mi pueblo, y mi casa, y mi vecino,
y mi historia, y mis padres, y mi tierra,
y, como es natural, me canso pronto
de andar por el espacio como un tonto,
y retorno á mi cárcel el primero,
con grandísimo asombro del portero.

Por lo cual, desde este año me decido
á tomar un partido:

vayan al mundo los que tengan algo
que ver ó recordar entre la gente...

¿Que suena el toque de ánimas? Corriente:
¡que toquen lo que quieran! Yo no salgo.

EL CRISOL



o conozco una muchacha
joven, airosa, morena,
que con su porte y su facha
va diciendo que no es buena.
Y en efecto, si es pecado
vender un amor mentido,
traficar en el mercado
con el placer prohibido,
destruir el sentimiento
y deshacer matrimonios...
á la chica de mi cuento
se la llevan los demonios.
Porque es la hermosa morena
desde que se ha puesto en boga
engañadora sirena
que atrae, estruja y ahoga.

Hombre que cae á sus pies
con dinero é ilusiones,
se deja en un dos por tres
la ilusión y los millones.
Sedas, diamantes, orgías,
abonos, caballos, coches,
mil duros todos los días,
mil besos todas las noches,

el delirio, la locura,
el escándalo incesante,
¡y á fundir en su hermosura
cuanto coge por delante!
Ella, á quien guardan profundo
desprecio las buenas gentes,
vive alejada del mundo
de las personas decentes
y tiene muy merecida
la muerte en el hospital,
puesto que ha sido su vida
profundamente inmoral.
Pero vista la cuestión
desde otro punto, ¿quién sabe
si cumplirá una misión
importantísima y grave?
El dinero no es dinero
encerrado en una caja
ó en manos de un majadero
que ni piensa ni trabaja.
La pecadora lo airea,
lo saca á luz, lo derrocha,
lo desparrama, aunque sea
mientras se embriaga y trasnocha,
y, gracias á una pérdida
que explota á unos caballeros,
ese dinero es la vida
de batallones de obreros.
El caudal que un tonto tiene
no hace ningún beneficio
y, por lo tanto, conviene
que, aunque sea por el vicio,
no se pudra en un armario
y salga á tomar el viento:
el fin, si es utilitario,
disculpa el procedimiento.
El interés general
no se para en barras tales:

¿qué importan al bien social
los pecadillos parciales?
¿Se condena la morena
por vivir en el pecado?
Bueno, pues si se condena,
¡que la quiten lo bailado!
¿A qué fijarnos en eso?
¡Yo admiro á la pecadora
que es palanca del progreso,
como la locomotora
que va arrastrando vagones
por montañas y pantanos,
para llevar provisiones
á los países lejanos!





MINIATURA

Fué á confesarse un día,
temblorosa de miedo, Rosalía...
Era tan inocente, que tomaba
por un grave pecado
el hecho natural de haber llorado
cada vez que su madre la pegaba.

El confesor no puso
atención en la pobre penitente,
y empezó con tonillo indiferente

el interrogatorio que está en uso.
¡Y qué impresión extraña sentiría
la niña candorosa y asustada,
que con las pocas frases que entendía
acabó por ponerse colorada!

—

Mucho tiempo después, yo no sé cuánto,
cubriendo con un manto
el rostro, deslumbrante de hermosura,
empezó á confesarse Rosalía;
¡y qué cosas diría,
que se ponía colorado el cura!



LA DESPEDIDA DE LA COCINERA

¡Pobre barquilla mía
entre peñascos rota,
sin velas desvelada
y entre las olas sola!...

LOPE DE VEGA.



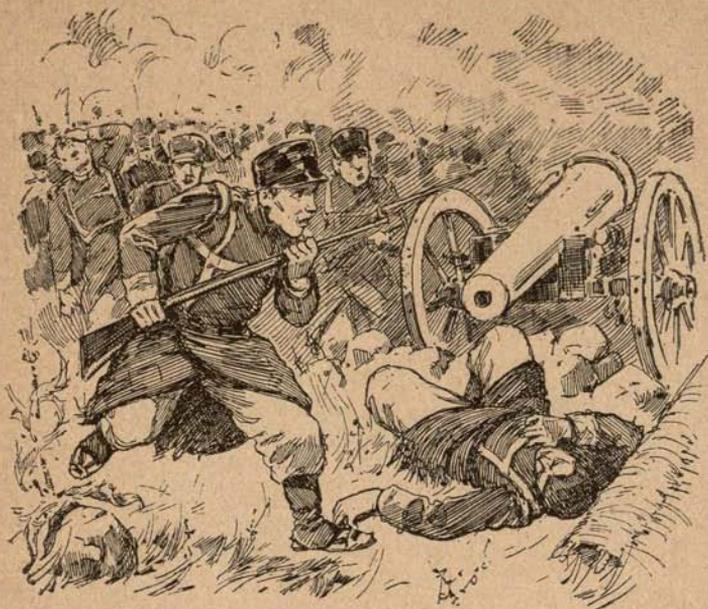
Llevando un envoltorio
con no sé cuántas cosas,
por no sé qué razones
te vas y me abandonas.
Por ese mismo sitio
se fueron muchas otras,
bastantes irritadas,
arrepentidas pocas,
para volver algunas,
pero llorando todas,
que es vicio que se adquiere
picando las cebollas.
Así también te marchas;
¿qué vas á hacer ahora
perdida por el mundo,
sencilla Celedonia?
Si tú no sabes nada
de penas que trastornan
ni goces que enloquecen
ni luchas que destrozan,
¿qué harás cuando te veas
abandonada y sola?



¿O piensas, inocente,
que tú no eres de estopa
y el mundo es un hornillo
y viene el diablo y sopla?
¡Envidias, de seguro,
la suerte de esas mozas
que yendo de criadas
volvieron de señoras,
y tapan con los guantes
aquellas manos gordas
que puso coloradas
el roce de las ollas!
¡No sigas esa senda,
que es falsa y engañosa,
y hay muchas con pingajos
que desearon blondas!
Yo sé que el de la tienda,
do pagas lo que compras
con la tercera parte
de lo que á mí me cobras,
murmura en tus oídos
palabras mentirosas,
y dice que, si quieres,
podrás tener carrozas
y casas y jardines
con sólo abrir la boca.
¡No creas que eso es cierto!
¡no la abras, Celedonia!
¡Mira que así empezaron
bastantes pecadoras!
Para lanzarte al mundo,
que acaba con las honras,
ni tienes mucho gancho,
ni sabes otra cosa
que espumar el puchero
y echar sal á la sopa,
ó hacer un saludable
guisado de alcachofas.

¿No estás mejor en casa,
aquí donde te consta
que yo te lo perdono
sabiendo que me robas?
¿Qué más aspiraciones
podrás tener ¡oh tonta!
que ver cómo te espío
cuando te quedas sola,
y permitirme á veces
que te haga cucamonas?
¡Vuelve á tus estropajos,
sencilla Celedonia,
y deja para siempre
las ilusiones locas!
¡Mira que así te pierdes!
¡mira que hay penas hondas!
¡mira que á mí me carga
tener que buscar otra!





EN CAMPAÑA

El enemigo, de soberbia ciego
por el triunfo obtenido en cien peleas,
llevaba la invasión á sangre y fuego
talando bosques y arrasando aldeas.

Y entre el ronco tronar de los cañones
la nación, casi exhausta, en la agonía
mandaba á combatir cuantos varones
pudieran defenderla todavía.

Así, á escape, en las ansias de la muerte,
se formó un batallón en el hospicio

con lo que había allí: carne del vicio destinada á las burlas de la suerte.

Y allá fué, para colmo de desgracias, cargado con pesadas fornituras el confuso montón de criaturas tristes, enfermas, harapientas, lacias.

—

Cuando todos sentían en los huesos el frío del pavor, un ayudante llegó y dijo al pasar:—¡Pronto! á ver, esos, ¡carga á la bayoneta y adelante!

Y añadió el coronel:—¡Pensad, soldados, de la patria en los vínculos sagrados; que vuestro triunfo esperarán ansiosas las madres, las hermanas, las esposas, las amantes doncellas que aquí os envían á morir por ellas!...

Temblaron los fusiles en las manos. Sonrió con irónica amargura el batallón entero de hospicianos... y se lanzó á buscar la sepultura.



ÍNDICE



Páginas.

Descorazonémonos	1
La pulmonía	3
Tiple nueva	7
¡Desperta, ferro!	9
¡Lo que son las cosas!	11
Poesía amorosa	15
Dos crepúsculos	19
Filípica	23
El Nicanor	25
El camino del cielo	29
El Ave María	33
Confiteor	37
La noche de ánimas	41
Indiferencia	45
Misterios	47
La corrupción del siglo	49
Égloga	55
Divaguemos	59
¡Ay, Amelia!	61

Fumemos	63
Todo el mundo.....	65
Amorosas.....	69
¡Atrás!.....	75
Agitémonos	77
La muchedumbre.....	79
En las alturas.....	83
El otro mundo.....	87
A Poncio, periodista.....	91
El muerto.....	93
De lo vivo á lo pintado.....	97
Tomando café.....	101
Los ladrones.....	105
Flores de Mayo.....	107
A mi primera novia.....	109
La Patria.....	113
A una... cualquier cosa.....	117
Santificar las fiestas.....	121
El maquinista.....	125
Epístola trascendental.....	127
El furgón.....	131
Idilio campestre.....	133
Solito.....	137
Las leyes de la Historia.....	141
El calvario.....	143
En el álbum de una bailarina (que no sabe leer).	147
La costumbre.....	151
Hoy por ti.....	155
Al yunque.....	157
Fábula	161
Una más.....	165
1.º de Noviembre.....	167
¡Arriba!.....	171
Una menos.....	173
Leyenda feudal.....	177
Dura lex.....	181
Aprended, flores.....	183
Amiga mía.....	185

Páginas.

Supongamos.....	187
El eterno aburrido.....	189
El crisol.....	191
Miniatura.....	195
La despedida de la cocinera.....	197
En campaña.....	201



Biblioteca Regional de Madrid

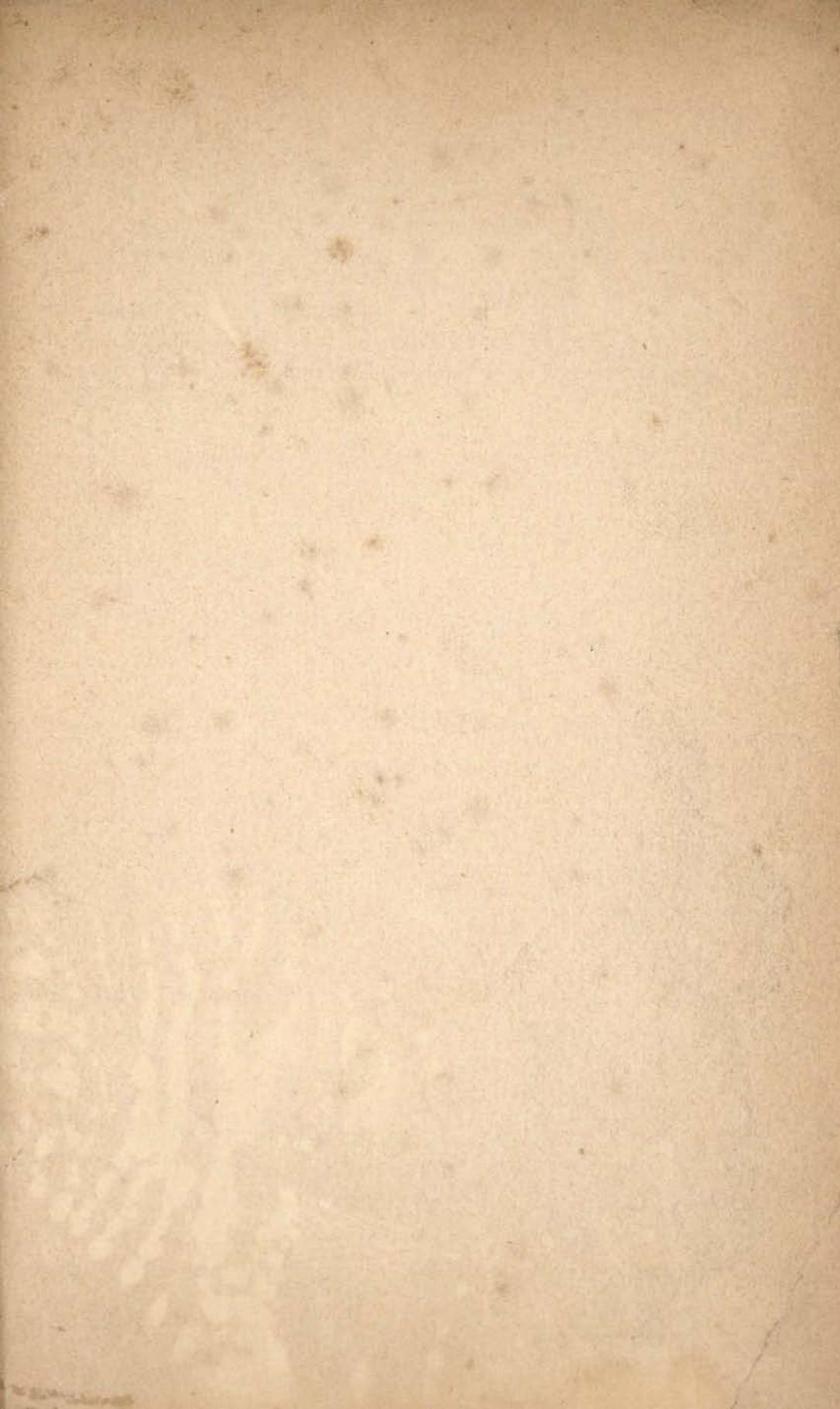


1014821

22092



1014821



BIBLIOTECA DEL «MADRID CÓMICO»

Peninsular, núm. 4, 1.º y principales librerías.

FÁBULAS Y CUENTOS

FOR
JOSÉ ESTREMERÁ

Precio: 2 pesetas.

MIGAJAS

FOR
J. LÓPEZ SILVA

Precio: 2 pesetas.

PÓLVORA SOLA

FOR
SINESIO DELGADO
DIBUJOS DE CILLA

Precio: 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE CINCUENTA CARTULINAS
encuadernado en tela.

Precio: 25 pesetas.

TITIRIMUNDO

FOR
LUIS TABOADA
DIBUJOS DE CILLA

Precio: 3,50 pesetas.

GUASA VIVA

FOR
J. PÉREZ ZUÑIGA
Dibujos de Cilla, Mecachis y Gros.

Precio: 3 pesetas.

ALMENDRAS AMARGAS

FOR
SINESIO DELGADO
DIBUJOS DE CILLA

Precio: 3 pesetas.



